Desde Valencia

: La peseta del cura :

Son las doce del día. En la playa de Caro juguetean los bañistas, formando grupos pintorescos, acostados en la arena, como en una de esas playas, tan tentadoras, del extranjero que solo conocemos por los periódicos ilustrados. Deanville, sin cocotas. Ostende, sin gran Casino, es Caro, con «barraquetes»...

Tomo asiento en un tranvía eléctrico para ir á Valencia. A mi lado se sienta un cura. Grueso, extraordinariamente grueso, con dos ó tres «papadas». Aquel padre debe derretirse en este tiempo. Nuestro hombre ha salido del baño y ahora se dirigirá tal vez á alguna iglesia, á pasar estas horas de sol, en el patio fresco de una sacristía. ¡Qué suave y voluptuosa está el agua! ¿Verdad, padre? ¡Y aquellas bañistas tan «desvestidas», con sus brazos desnudos, con sus descotes prometedores, con sus pececitos coquetones!

Pues bien; en el tranvía ha llegado el momento de pagar, y el buen padre, rebusca la escondida faltriquera, y entrega al cobrador una blanca y reluciente peseta; una blanca y reluciente peseta que resulta absolutamente falsa, un tiro no le hubiese hecho efecto tan desastroso. Porque el padre confiesa que aquella peseta es la única que lleva encima.

—Haga parar el tranvía, dice, tímido al cobrador. Iré andando...

Y un sudor copioso recorre la cara, trágicamente encarnada, del buen cura, ante la prespectiva de una hora de camino bajo la impiedad del Sol agosteño respirando polvo de la carretera, y viendo pasar junto á él, como un insulto, los rápidos tranvías, con muchachas risueñas y tentadoras..

Tengo un momento de compasión y le pago el tranvía. Verdaderamente era horrible el «suplicio de la carreterra». Un tormento inquisitorial en una ciudad republicana y en pleno siglo XX. Yo no podría tolerarlo.

—¡Oh, joven! ¿Como pagaré á usted?

—De ninguna manera, padre.

—Dígame su domicilio. Iré á devolverle este realito.

—No se preocupe usted.

—Pues entonces pídame usted lo que usted quiera. En la Catedral me tiene usted á su disposición, venga por allí y charlaremos. .

—Lo pensaré...

Y con gran calma saco de mi bolsillo «El Pueblo». Lo desdoblo perezosamente y me pongo á leer, de forma que pueda leerlo también mi vecino, el cura, un artículo furiosamente anticlerical que publica el republicano periódico en primera página...

Las operaciones del comercio

A.H.N.
SIG.
A.P.C.E.
SIG.: 1.2a/461